

I Certamen María Zambrano

**La insoportable
gracilidad del androide**

Agustín González Cano

Mayo 2011

Me replicó que, en cuanto a la gracia, no había ser humano capaz de aproximarse, siquiera remotamente, a una marioneta
HEINRICH VON KLEIST, *Sobre el teatro de marionetas*

1.

El Universo, que otros llaman la Juguetería, quedó, con toda probabilidad –si bien de un modo secreto y oblicuo– dilucidado con la publicación en el *Berliner Abendblätter* en diciembre de 1810 del breve ensayo *Über das Marionettentheater*, obra del noble prusiano y espejo de suicidas, Heinrich von Kleist.

2.

Para escribir con cierto rigor de este asunto quizá habríamos de ser el niño descalzo que garabatea, sin mayor inquietud existencial (y debiera, vaya si debiera tenerla) *Je pense, donc je suis*, en el museo de Neuchâtel, junto a su hermana, la delicada clavecinista, que es también, claro, la Rachel que toca *beautifully* y nos habla de la posibilidad de la pianola, que rima, ya sabemos, con *böse Lola*.

O, por el mismo precio, quizá debiéramos contar con la *rastra* de la máquina infernal que Franz Kafka coloca en su colonia penitenciaria: sobre las propias espaldas grabaríamos la sentencia irrevocable: la imposibilidad de ser marioneta.

3.

Pues la clave es, sin duda, la aparente *alegría* de la marioneta cuando danza. Ignora la existencia del marionetista, o la encuentra irrelevante. Se cumple en el ajuste exacto de sus movimientos, exquisitos en su simplicidad, a los mandatos de las leyes físicas. Es así, en ese fino dibujo de las trayectorias, en ese desvalimiento pendular de sus miembros, como la marioneta alcanza un éxtasis para nosotros vedado.

La gravedad no es una rémora para la marioneta, sino una ventaja, pues a ella se acomoda, aunque cuente con el impulso ascensional de un titiritero, fácilmente reemplazable, por otra parte, por otro mecanismo.

4.

En el teatro de marionetas, pues, *nosotros somos los regalados*.

Comprendemos la obligación de extinguirnos y legar a quienes nos sucedan un glorioso pueblo de marionetas.

Comprendemos que se trata de construir al hombre geométrico, aunque ésa sea la geometría del abismo, de la que nos hablaba Bernardo Soares.

Comprendemos que la mimesis decisiva no se alcanza cuando el androide se asemeja de modo perfecto al hombre, haciéndose así indistinguible de él, sino cuando el hombre es capaz de imitar con absoluto rigor los movimientos de la marioneta.

Pues el androide ha de rebajarse y hacerse levemente ridículo para parecerse al hombre: le hacemos cierta violencia. El androide piensa que los

hombres somos androides mal contruidos. La marioneta le dice al hombre “cuán torpe es tu titiritero”.

5.

Ahora, cuando ya conocemos bien esas poleas, esos conductos, esos resortes que nos constituyen, cuando hemos reconocido en nosotros al animal mecánico de Descartes, por más que lo denominemos con otros nombres, cuando apenas se agitan ya en una última línea de resistencia los monstruos agotados del pasado que se llaman, por ejemplo, libre albedrío –por no hablar del alma, ese ectoplasma pasado de fecha–, ahora, en este calcinado desierto intermedio, añoramos más que nunca la felicidad de la marioneta.

Culpablemente.

Bien podemos admitir que somos autómatas, pero no soportamos ser tan poco gráciles. No soportamos nuestro peso, o nuestros recuerdos.

No soportamos nuestro miedo.

En particular, nos preocupa seriamente la muerte.

6.

Kleist nos recuerda que hay una perfecta circularidad en el engranaje y hasta convoca, a la manera del Cusano, al espejo cóncavo –otro animal mitológico– para recordarnos nuestra obligación de vomitar la manzana que comimos aquel malhadado día en el Edén de la absoluta inocencia.

Dado que no somos dioses, seamos marionetas. Ejecutemos nuestra danza. Eternamente.

Ése es el mandato último de los trasmundanos.

7.

En juegos como éste hemos perdido los milenios. Hemos poblado la Metafísica —esa, ya se sabe, rama de la literatura fantástica, la del libro que va después de la Física— de construcciones melancólicas y de una fauna alicortada.

Porque no somos marionetas. Porque no somos titiriteros.

Y por eso volvemos incesantemente al teatro de marionetas: lo llamamos caverna de Platón. O Fantasmagoría de Robertson. Hemos tenido circos de autómatas y clepsidras y un flautista y hasta un pato que defecaba. Nos hemos adentrado en los laberintos de la magia parastática.

Algunas veces nos pareció incluso que podíamos al fin confundir al hombre con el maniquí: el *Zeppelinfeld* de Nürnberg, la *Bahnhofplatz* de Treblinka.

La cera supera a la carne: arde mejor, nos decían.

Pero no, no somos marionetas. Ni titiriteros. No a ese precio.

8.

Parece una broma, pues en realidad sí que somos autómatas, máquinas biológicas. Pero no somos marionetas. No hay quien estire los hilos o nos levante de la gravedad. Tampoco hay nadie que engrase nuestros engranajes. Nadie diseñó nuestros circuitos.

Ni falta que hace.

Somos el resultado del azar ciego, la resultante de procesos sordos. Somos la química que nos llena.

El Universo es la Juguetería. El Sistema Solar, un ti vivo.

Y nosotros no somos marionetas. Estamos demasiado llenos de grasa y de sangre para ello.

Somos, como mucho, la muñeca de Hans Bellmer, fragmentaria y carnal.

9.

El juego es, pues, de prestidigitación: un intercambio de imágenes. Hacemos pasar por *verdad* a ese bestiario ficticio. Insistimos en la obligación del vuelo, en la obsesiva búsqueda, en la aventura suicida de un ser que se niega a sí mismo.

Nos seguimos queriendo marionetas: gráciles, ejecutando danzas que se someten, sin violencia aparente, a curvas de hasta segundo grado.

Seguimos, cobardes, escuchando a Platón. Y nos desangramos en esa dependencia.

Es posible que los zarpazos de un oso, como nos relata Kleist, superen las fintas del esgrimista, pero en eso consiste la gloria del esgrimista.

Es posible que no podamos acercarnos a la perfección de la estatua, y nos consumamos en esa sed, Narcisos ñoños, anti-Pigmationes.

Pero es en ese no-ser como nos afirmamos. No-somos marionetas. Carecemos de la geometría. Sudamos en nuestra carne mortal. Soñamos y luego nos despertamos. Continuamente.

Y morimos.

Y tenemos labios y bocas que se abren y después se cierran. Y besamos con ellas.

Las marionetas, no.

Las marionetas no saben besar.